

# REGIS DEBRAY: EL PROFETA PRUDENTE

**U**N aventurero romántico para algunos; un revolucionario sincero, para otros; un precoz genio teórico, o un simple y brillante prestidigitador de fórmulas marxistas; un latinoamericano por vocación o un francés «dileitante» metido a opinar de lo que no sabe, Régis Debray, desde hace más de diez años, es un foco polémico al parecer inagotable.

De colaborador del «Che», en la cruzada armada de Bolivia, a consejero —uno de seis— del muy legalista François Mitterrand; de graduado de la Escuela Superior Normal de París, a prisionero en una remota celda de Camiri, de furibundo propulsor teórico —y, en alguna medida, práctico— de la guerrilla, a cauto admirador de la experiencia pacífica de Allende, los agitados treinta y tres años de este hombre componen, para muchos, un enigma.

¿Cabriolas de un intelectual pequeño burgués o búsqueda desgarradora de la verdad revolucionaria, en selvas y despachos presidenciales, en viejos textos grises y en el árbol verde de la vida? Si el camino de la revolución no es una línea recta, mal se le puede reprochar a un hombre que no pierda de vista el objetivo, el que avance en zigzag. Están los que por seguir derecho caen al precipicio, y están los que se stentian a esperar que el camino se enderece.

Debray escribió un librito en 1967, «¿Revolución en la Revolución?» que hizo mucho ruido, determinó posiciones y cuyas tesis fundamentales fueron reprobadas por la práctica. Hoy, en «La guerrilla del «Che»» y en «La crítica de las armas» responde por lo que «creyó antes e hizo creer a los demás: una responsabilidad elemental» para él y para los movimientos revolucionarios latinoamericanos: «Enfrentar el fracaso guerrillero, sintetizar experiencias, extraer enseñanzas».

Porque además de esta honestidad intelectual, en su momento, supo encarar a los verdugos del «Che», ratificarse en sus convicciones revolucionarias en una desamparada cárcel boliviana —no importa sus detractores, no importa que se esté o no de acuerdo en todo con él—, tiene sobrado derecho a la palabra.

Hay algo, a esta altura, que parece claro, aun para él mismo: a caballo de dos culturas que tienen muy poco en común, Régis Debray vivió por mucho tiempo la angustia de ser un francés en Santiago o en La Paz y un latinoamericano en París. Hoy optó definitivamente: «Estoy en mi país y

con mi pueblo; por fin: ya no soy un extranjero». No parece ser una mala decisión. Aunque ahora se le reproche, por no pocos que antes le acusaron de ser un ultrazquierdista incurable, de haberse sumado mansamente al reformismo.

Desde su tranquila casa de campo, a una hora de París, dirá ahora quién es, para qué sigue viviendo; dirá: «La Historia siempre termina descubriendo los caminos: creo en la revolución».

—Voy a leerte el titular de un diario de Buenos Aires: "Después de pasar revista a los motivos que los llevaron a unirse al

del poder político. Yo no conozco más definición.

«Preparar guerrillas en los Alpes, en la Francia de mil novecientos setenta y cuatro, sería tan contrarrevolucionario como lo hubiera sido, en la Bolivia de mil novecientos sesenta y siete, preparar elecciones parlamentarias. Verdades de un niño de siete años.

«Personalmente, nunca he cambiado de posición; he cambiado de colocación, lo que es distinto. Todo el mundo sabe que sigo apoyando los principios rectores de la lucha armada y popular en América Latina, ahí donde no hay más salida. Y también sabe que

través del individuo—, esas enormes diferencias entre un europeo y un latinoamericano.

«Hoy trato de reflejar las condiciones históricas reales de mi país, como antes había tratado, al menos a un nivel de reflexión y de estudio teórico, de reflejar las condiciones reales de América Latina.

—Dices que siempre te registres por los principios rectores de la revolución, y yo te pregunto si trabajar en la unión de las izquierdas francesas, apoyar a Mitterrand, pertenecer o no —no sé—, al Partido Socialista Francés, supone darle continuidad a esa línea de conducta revolucionaria tuya o apartarte de ella.

—Se trata de dar continuidad a la lucha antiimperialista y anticapitalista, aunque haya, evidentemente, ruptura en las formas y cambio de personajes. Pero no se trata del líder tal o de la «vedette» política cual: no son los héroes los que hacen la Historia, son las masas. Yo soy miembro del Partido Socialista Francés. Me inscribí, como muchos otros jóvenes de la llamada ultraizquierda, después de la derrota electoral de este año. Precisamente: oportunismo habría sido hacerlo antes, cuando había buena posibilidad de conseguir puestos.

—¿Qué opinión tienes de Mitterrand?

—Tengo un gran respeto y una gran simpatía por Mitterrand. No porque considere que es un revolucionario y un marxista, los tengo, precisamente, porque él es el primero en no hacerse pasar por lo que no es.

«Mitterrand es un socialista liberal, no es un revolucionario leninista, por eso no puede ser puesto en el mismo plano que el «Che». El «Che» no solamente es un héroe de la Historia, era un revolucionario marxista-leninista.

«Mitterrand ha nacido de la historia francesa de los últimos cuarenta años; es el producto de una democracia parlamentaria que se desarrolló en condiciones relativamente pacíficas. Para inventar su camino, el de la izquierda unida, Mitterrand no se guía por las estrellas de las grandes fechas del proletariado mundial: octubre, la Larga Marcha o el Asalto al Moncada; se guía por las fechas de la historia francesa: mil setecientos ochenta y nueve, mil ochocientos cuarenta y ocho, la Comuna de París, el Frente Popular y la Resistencia. Y es en la medida en que Mitterrand encarna esa tradi-

## Ernesto González Bermejo

«Che»: Regis Debray, ahora leal a Mitterrand, estima buena para Francia la vía socialista que fracasó en Chile". En ese mismo diario —y en otros— se dice frecuentemente que eres un oportunista. Defiéndete.

—Aterradora, sencillamente es aterradora la esquematización que se hace de Europa en algunos sitios de América Latina. Existe un París de pesados socialdemócratas y frívolos intelectuales de café que bien vale esa América Latina de bandoleros y generales de opereta que a veces se dibuja aquí. Podemos ser un poco más serios. La lucha de clases es una sola en el mundo, pero no se lleva a cabo con las mismas recetas en Ginebra y en Montevideo, en Inglaterra y en Brasil. Es obvio decirlo, pero cada país se atiene a sus condiciones específicas, y aquí no se trata del «Che», como figura en abstracto; ni de Mitterrand, como «vedette» de actualidad. Se trata de ver las condiciones históricas que se encarnan en esos líderes, sus líneas políticas y las fuerzas de clase en presencia. Es al enemigo al que le conviene hablar del «Che» como abstracción y hacer de él un romántico iluso, un personaje de novela o de película fácil y no el militante comunista y responsable que fue.

«Ser revolucionario en serio es apuntar a la conquista del poder político burgués para romperlo y ponerlo al servicio de las clases trabajadoras. En las condiciones de Bolivia, el «Che» encarnó esa responsabilidad revolucionaria, de acuerdo a sus condiciones reales. Lo que mide si uno es revolucionario o no, si una línea política es revolucionaria o no, es saber si adelanta o retrasa la conquista

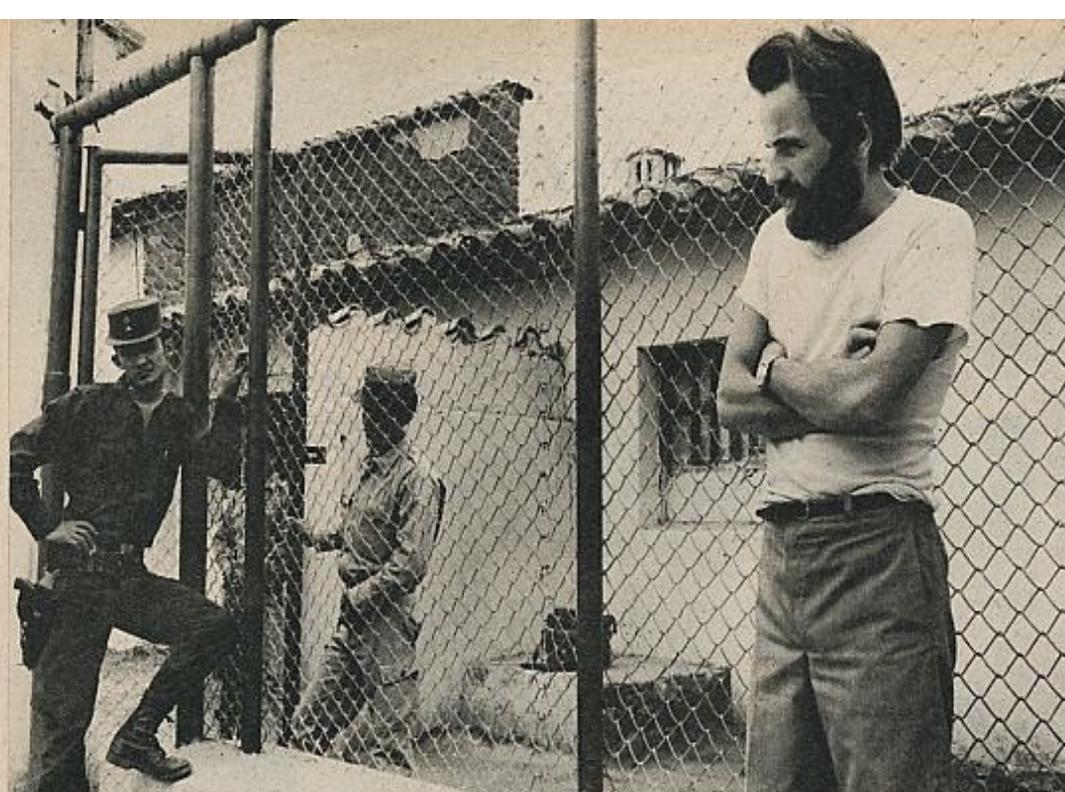
cuando yo estaba en América Latina nunca soñé ni proyecté apoyar luchas armadas en Francia, y que siempre fui partidario de la reunificación de las izquierdas dentro de una democracia liberal, desarrollada industrializada y masivamente politizada. Donde está el cambio, insisto, es en mi colocación. Ahora si estoy en mi país y con mi pueblo; ya no soy un extranjero.

—¿Qué te decide volver a Francia?

—Una serie de experiencias amargas. Ningún extranjero —al menos aisladamente de una estructura de acción y reflexión colectiva, tipo Komintern, que se acabó en el cuarenta y tres— puede influir en forma positiva o decisiva sobre la lucha de clases de un país ajeno. Tal vez pueda desarrollarse a sí mismo como aventurero, pero desarrollar una acción militante al servicio del pueblo donde se encuentra, no.

—Tendrías que precisar lo que entiendes por extranjero, porque no será seguramente ni el «Che» en Cuba o en Bolivia, ni...

—... por supuesto; cuando digo extranjero me refiero a alguien de otra educación, de otro idioma, de otro continente. No me refiero a un uruguayo que esté en Argentina, ni a un argentino que esté en Cuba, como el «Che»; ni a un peruano que muera en Bolivia, como mi camarada Chang. Me refiero a las enormes diferencias —diría yo, antropológicas, casi biológicas, en la medida en que la cultura es algo innato, que está en el cuerpo y que uno ni lo sabe, una especie de memoria fatal, que no se conoce, pero que actúa a



«Preparar guerrillas en los Alpes, en la Francia de 1974, sería tan contrarrevolucionario como lo hubiera sido, en la Bolivia de 1967, preparar elecciones parlamentarias». (En la foto, Debray, en la prisión boliviana de Camiri.)

ción que puede tener el papel fundamental que tiene. Pero me pregunto, además, si Marx pudo casarse con Don Quijote, con Confucio o con Iván el Terrible, ¿por qué no podría casarse con Michélet?; puede ser que haya más aproximación natural entre estos personajes que entre los otros.

«Muchos llamados internaciona- listas me dan la impresión de que nutren su internacionalismo con el nacionalismo de los demás. Cada cultura, cada historia, cada país, tiene que fundirse con la causa universal del proletariado y es solamente cuando hay una fusión total de lo nacional y lo social, que la chispa puede prender. Creo que Mitterrand es un ejemplo de esa fusión.

—¿Qué importancia puede tener para el conjunto del movimiento revolucionario mundial, un socialismo francés?

—Para nosotros se trata de abrir un nuevo capítulo, inédito en la Historia de la Humanidad: la transición al socialismo en un país industrial avanzado, con democracia parlamentaria y economía desarrollada. No hay experiencia, y le tocará a Francia, creo, abrir ese capítulo, como abrió otros: la Comuna de París, el capítulo de octubre; mil setecientos ochenta y nueve, el capítulo de las libertades burguesas.

—¿Cuál viene a ser tu papel en este proceso?

—Quiero hablar en términos pragmáticos: el mejor servicio que un revolucionario le puede hacer a la causa del internacionalismo es hacer la revolución en su país y con su pueblo; poner a su pueblo en condición de ayudar a los demás, eso quiere decir, en condición de tomar el poder político.

«Una Francia democrática y popular, apuntando al socialismo, puede rendir servicios a la emancipación latinoamericana en el terreno político, económico, diplomático y hasta más drástico, eventualmente, mucho mayores que cualquier intervención individual e indebida de tal o cual francés en asuntos ajenos.

—En América Latina se desarrolló también un proceso insólito, el de la Unidad Popular en Chile, cuyo fracaso se manejó, tal vez algo mecánicamente, como una demostración de la imposibilidad de esa vía en Francia. ¿Cuáles son, en tu opinión, las razones del fracaso de la Unidad Popular chilena, y en qué medida, las peculiaridades francesas, ponen a salvo o disminuyen el riesgo de un proceso similar aquí?

—El camino francés al socialismo no está a salvo de ningún fracaso. Cualquiera que emprende una tarea tan colosal se expone al fracaso, por definición; más en este caso, cuando los riesgos son enormes, y Chile lo ha demostrado.

«¿Cuál fue la lección de Chile?», una lección muy simple que se encuentra en todos los abecés leninistas, en cualquier manual: la revolución es la destrucción del aparato del Estado burgués, y ocurre que Allende quiso hacer una revolución dentro de un aparato de Estado burgués, hasta quedar aprisionado en un molde que no era el suyo.

«La cuestión esencial planteada por Chile es la misma cuestión que se plantea en Europa Occidental, por eso no podemos decir que Chile está muy lejos y no nos concierne; Chile nos concierne y está muy cerca. Porque plantea la cuestión de cómo pasar de! reformismo a la revolución, cómo dar ese salto cualitativo de una política de reformas gestada den-

tro del sistema, o la revolución. No hay otra posibilidad de iniciar un proceso revolucionario, que cumplir ese proceso reformista, especialmente cuando no hay guerras internacionales, ni crisis económica profunda. Guerras internacionales no se ven en el horizonte, y las crisis apocalípticas del capitalismo pertenecen a una mitología técnicamente obsoleta.

«La vía institucional y legal aparece en todas las democracias políticas burguesas como la única posible. El problema es como, en un momento determinado, se puede cambiar de velocidad y pasar a un nivel distinto. En Chile se fracasó. La pregunta chilena le tocará contestarla bien a Francia, o no. Pero la pregunta sigue siendo la misma en lo fundamental.

—... en lo fundamental, porque Francia tiene peculiaridades que diferenciarán ese proceso, ¿cómo las resumirías?

—Tiene, claro, esas peculiaridades que si no la ponen a salvo dan mayor verosimilitud, mayor credibilidad a una posibilidad de respuesta a esa pregunta.

«Te diría que esas particularidades son:

«En primer lugar: el equilibrio de fuerzas, aunque sea al nivel más superficial, el aritmético-electoral será distinto. Aquí no se llega al poder con el treinta y seis por ciento de los votos, sino, como mínimo, con un cincuenta y un por ciento. El equilibrio de fuerzas, desde el principio, sería distinto.

«Dos: La pequeña burguesía chilena, volcada al campo del enemigo, en mil novecientos setenta y dos motivó un cambio en la correlación de fuerzas. Hay elementos ideológicos y económicos en Francia que permiten asegurar que la pequeña burguesía ocupará una posición muy distinta. Por razones ideológicas, por el des-

arrollo mismo de las fuerzas productivas francesas, por su complejidad y por la participación mucho mayor de los intelectuales en la producción, esa pequeña burguesía tiene posiciones avanzadas. Lo demostró mayo del sesenta y ocho, y el resultado de las últimas elecciones presidenciales.

«En tercer lugar, hay un aspecto que creo esencial: la comparación de Chile y Francia venía de una ilusión, era una comparación de superestructuras, comparación engañosa porque enmascaraba infraestructuras completamente distintas. Visto desde arriba, a vuelo de pájaro, Chile ofrecía, efectivamente, el aspecto de una democracia parlamentaria, legalista, con una constitución en funcionamiento, con sufragio universal, regularidad de la vía política, soluciones pacíficas a las crisis, etcétera. Pero a esta superestructura, digamos, de un país desarrollado correspondía una infraestructura económica totalmente subdesarrollada. Y creo que los mismos chilenos se dejaron engañar por su superestructura política, sin darse cuenta que eso era un lujo, un espejismo.

«La diferencia es que Francia tiene esa superestructura política, jurídica e ideológica, pero con la infraestructura económica, técnica y financiera, correspondiente. Que Francia goza de un margen de autonomía y maniobra en el terreno económico y financiero que la pone a salvo de cualquier intento de estrangulamiento internacional. Que Francia no es un país monoprodutor, no es un país que importe alimentos, los exporta; no es un país que carezca de tecnología, la exporta. Que Francia, finalmente, es una gran potencia industrial.

«Otra diferencia con Chile, en cuarto lugar: El vecindario geográfico e histórico es totalmente distinto. Chile estaba aislado en un continente que es una esfera del imperialismo, mientras que Mitterrand es vicepresidente de la Internacional Socialista que gobierna en Alemania Federal, en Inglaterra, en Austria, en Suecia... En fin: el contorno diplomático, económico y político es totalmente otro.

«Por último, quinto: Como desprendimiento, como consecuencia lógica de un desarrollo de las fuerzas productivas mucho más avanzado en Francia que en Chile, la coherencia y consistencia social y organizativa de las fuerzas proletarias es, en Francia, infinitamente superior. El poder sindical, el poder de las organizaciones políticas, de las colectividades regionales democráticas (asambleas, municipios, etcétera), colegios profesionales en manos de la izquierda, y, además, tradiciones revolucionarias mucho más desarrolladas (no olvidar que Engels, ya en su época, lo consideraba el país de más tradiciones revolucionarias en el mundo), hace que un once de septiembre en París, repetido en las mismas condiciones, sea lite- ▶

*las garras de su coche*



© PUBLICIDAD PIRELLI

## NEUMATICOS P3

### UN FUTURO CON MUCHOS KILOMETROS SEGUROS Y CONFORTABLES

El neumático P3 es el nuevo radial metálico de la serie cinturato que, en pruebas comparativas, ha merecido la máxima calificación en agarre sobre seco y sobre mojado, tanto en curva como en recta, y un primer puesto, también, por su resistencia al desgaste, lo que representa una larga vida en kilómetros.

Como último control de garantía de calidad, cada P3 es examinado a través de rayos X, antes de salir de fábrica.



# PIRELLI

## REGIS DEBRAY

ralmente impensable. Que se bombarde el Eliseo, puede ser, pero que no haya una huelga general inmediata en todo el territorio francés, no solamente del proletariado industrial, sino de todos los servicios públicos, es algo impensable.

—Estos factores objetivos pueden favorecer la respuesta, pero mantienen en pie, como decías antes, la pregunta fundamental: ¿cómo pasar del reformismo a la revolución?; ¿cómo, a partir de un proceso de reformas dentro del Estado para establecer un Estado burgués, se puede asaltar y romper ese aparato de Estado para establecer un Estado proletario (ese principio leninista que encontrabas incuestionable)? Te pregunto ahora: ¿Qué respuesta teórica tienen preparada los socialistas franceses para enfrentar el problema?; en una palabra: ¿cómo piensan hacer la revolución en Francia?

—En su momento, la práctica social encontrará la respuesta. Creo que tenemos que ser conscientes del problema, pero que no podemos predecir la forma de su solución.

«La Historia no es un escaparate donde un pueblo, un partido o un individuo puede venir a escoger el artículo que le conviene más: la insurrección, la vía parlamentaria, la guerra del pueblo, la guerrilla campesina... las cosas no son tan fáciles. En Francia, en las condiciones actuales, no sería haciendo manifestos llamando a las armas o poniendo bombas en los ministerios, que nos acercáramos a la destrucción del aparato de Estado burgués. Serían actos contrarrevolucionarios. Lo mismo que crear ilusiones electorales en tal o cual país latinoamericano hoy. Nosotros estamos obligados, estamos condenados, si quieres, por todas las condiciones del pasado y del presente, a seguir este camino como el único posible.

«En la actualidad no hay grupos revolucionarios significativos en Francia que estén al margen de la táctica electoral, aun teniendo cada uno su propia estrategia. Los llamados grupos de ultraizquierda, hoy día, o se han adherido a esta posición, entrando directamente al Partido Socialista, como el PSU, de Michel Rocard, que agrupa a lo más organizado de los sectores revolucionarios, estudiantiles y obreros, o, sencillamente, han desaparecido. Las pocas capillas que rinden culto al programa de transición de Trotsky del treinta y siete, o al Mao Tse-Tung de la guerra campesina del veintisiete, en China, forman parte del folklore parisino, pero no de la realidad política francesa. Para hablar en forma gráfica: no hay alternativa entre Mitterrand y el «Che» en Francia; todas las alternativas están, por así decirlo, dentro de Mitterrand.

—Por menos de un uno por ciento, Mitterrand y la izquierda

unida perdieron este año una oportunidad histórica de llegar al gobierno. Giscard d'Estaing puso en juego toda la enorme experiencia de la burguesía francesa; y en sus primeros cien días de gobierno, tomó una serie de medidas espectaculares, tratando de arrebatar banderas a Mitterrand. Algo como si dijera: "la izquierda, después de todo, no lo hará mejor". ¿Qué peligro representó esta táctica de la derecha francesa para las expectativas de un triunfo de la izquierda, de la instalación de un Gobierno democrático y popular en Francia?

—Contrariamente a lo que dijo una vez Guy Mollet, símbolo-cadá-

nido los doscientos cincuenta mil votos de ventaja. Ellos saben esto; ellos saben, además, que se aproxima una nueva generación que por ser nueva, por ser joven y por vivir en este mundo, va a votar más por la izquierda que por ellos.

«No les quedaba otra alternativa, entonces, que ser muy liberales, muy progresistas, muy dinámicos y hacer todo lo posible por captar a esta nueva generación. Es para ellos cuestión de vida o muerte.

«Hay que reconocer que en ese período, Giscard d'Estaing respondió al reto con mucha audacia, soltura e inteligencia. Eso de cumplir, por fin, con la vieja pro-

cha de huelgas le ha quitado el maquillaje a esa política...

—En efecto: las huelgas son de magnitud, tienden a ampliarse y pueden conducir a la paralización del país. La única respuesta real que podría dar el gobierno a este estado de cosas sería un llamado a nuevas elecciones.

—¿Por qué no las convoca Giscard d'Estaing?

—Porque sabe que las pierde, irremisiblemente; las encuestas previas lo anticipan, sin duda alguna. Y la derecha sabe que si pierde el poder en Francia le será muy difícil recuperarlo.

—Pero, ¿hasta cuándo puede sostenerse Giscard en esa cuerda floja, si a la situación que vive Francia agregamos las contradicciones de la mayoría parlamentaria que lo respalda?

—La mayoría que respalda a Giscard d'Estaing no es viable, y eso se ve cada vez con mayor nitidez: por una parte, la fracción modernista, europea, atlántista, que puede estar representada por un Servan-Schreiber, y por otra, la que podríamos llamar nacionalista, cada vez más encarnada en Jobert, el ex ministro de Relaciones Exteriores de Pompidou, que gana terreno entre los gaullistas. El único factor que a Giscard d'Estaing le permite aun mantener soldada a esa mayoría es el miedo común a las elecciones. Mil novecientos setenta y cinco será un año muy tenso; puede predecirse que en Francia tendrá que haber elecciones, de todas formas, antes del plazo previsto, o sea, mil novecientos setenta y seis.

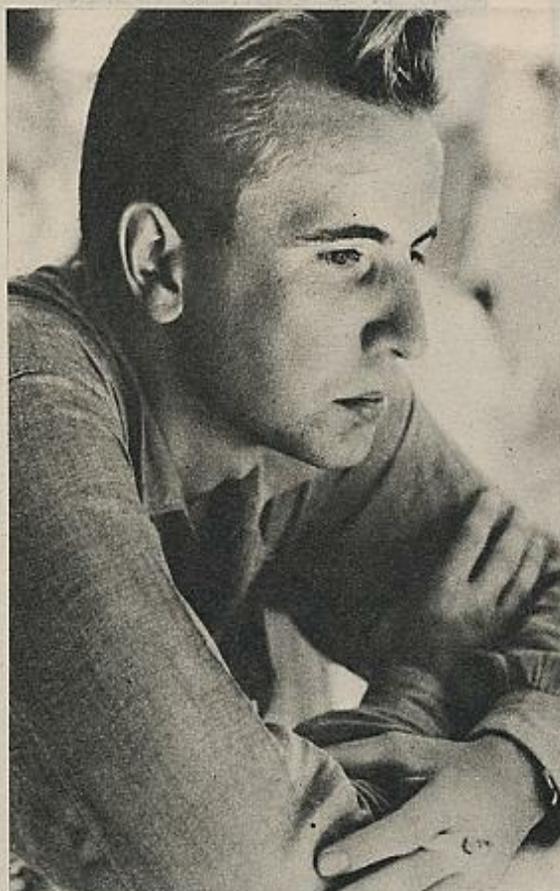
—Acabas de estar en Cuba con Mitterrand. ¿Cómo fue recibido?

—A nivel de Jefe de Estado.

—¿Qué impresiones trajo?

—Inmejorables. Creo que recibió una fuerte y agradable sorpresa al tratar a Fidel Castro, al que no conocía. Los puntos de vista políticos comunes aparecen en el comunicado conjunto: una lucha antiimperialista sincronizada, el apoyo a las posiciones cubanas en el tema del petróleo, sobre la necesidad de una mejor repartición de sus beneficios dentro del Tercer Mundo... etcétera.

—Ya que hemos vuelto a América Latina, tu libro "¿Revolución en la Revolución?", en su momento fue muy polémico y bastante determinante para la toma de posición de movimientos revolucionarios en América Latina y en otras partes del mundo; ahora, en "La guerrilla del 'Che'" y en "La crítica de las armas" haces un balance analítico de la experiencia revolucionaria en su forma guerrillera, en América Latina, en los últimos diez años. En estos libros, ¿puede considerarse ▶



«Tengo un gran respeto y una gran simpatía por Mitterrand». (Foto de Debray, anterior a su Internamiento en Cambrí.)

ver de todo lo más negativo de la tradición socialista francesa, tenemos la burguesía más inteligente del mundo. Además, no le queda otro remedio que serlo, frente al desafío que se le viene encima. Ella sabe que está en minoría en el país real. ¡Hay que saberlo de una vez por todas: somos mayoría en la Francia hasta los sesenta y cinco años de edad, mujeres incluidas! Si no hubieran dragado hasta lo último de la ultratumba, hasta lo último de los hospitales, de los asilos para ancianos, de los paralíticos, de los enajenados mentales, no hubieran reu-

mesa degaullista del voto a los dieciocho años y hacerlo de inmediato es, de verdad, un desafío hecho a sí mismo y a la gente que lo apoya.

«Pero él no podía ir, a largo plazo, en contra de su base de clase y de las fuerzas reales que lo apoyan. Hubo mucha demagogia, mucha magia televisiva en las medidas efectistas, publicitarias, que tomó.

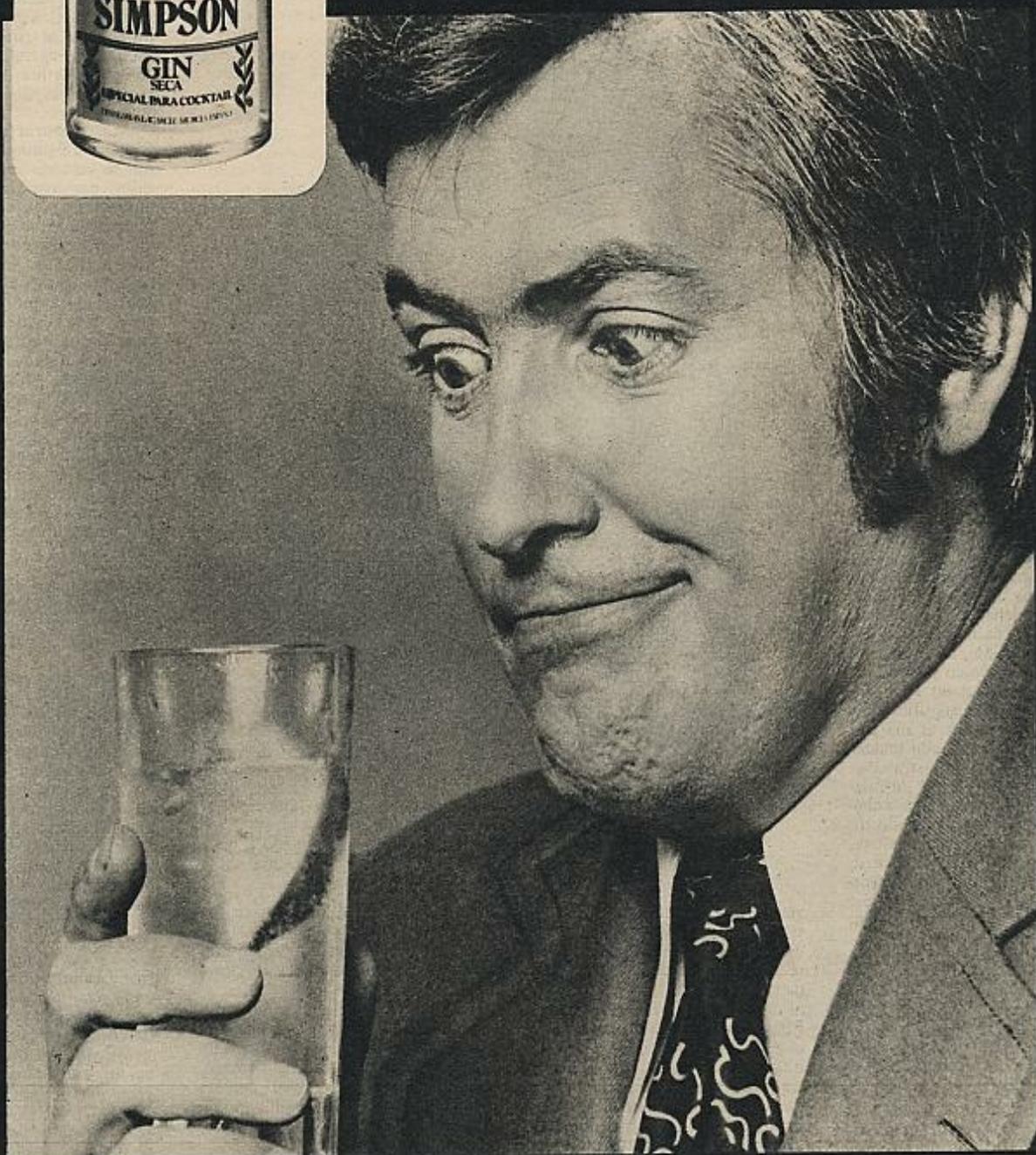
—En menos tiempo del que podía preverse la combatividad del movimiento obrero, de los empleados públicos, con una avalan-



# ¡Mmmm!

Un sorbo bien combinado.  
A su antojo: tónica, limón, cola... Y siempre hielo.  
Y un sabor familiar con ese toque divertido de un buen Gin.  
Mas algo muy particular que... ¡Mmmm!  
Atrévase a definirlo usted mismo.

## GIN SIMPSON



## REGIS DEBRAY

que revisas tus concepciones de "¿Revolución en la Revolución?", ¿las profundizas? ¿cuáles tendrías por sus conclusiones fundamentales?

—La teoría marxista no es la libre elección o un juego entre tesis; consiste en recoger lo que queda de una posición teórica después de que ésta haya pasado por la práctica social. «¿Revolución en la Revolución?» lo que encarnaba fue puesto a la prueba de los hechos, durante años. Había que registrar esta confrontación; era una cuestión de honestidad elemental, no se puede hacer como si no hubiera existido la época de las guerrillas en América Latina, por que tener una línea política, creo, es tener una continuidad en el actuar. Un movimiento o un país o un partido que no tiene dominio de su pasado, no puede tener dominio de su presente. Y recoger experiencias, sintetizarlas, es una labor revolucionaria imprescindible. En mi caso era, además, una cuestión de responsabilidad elemental: cuando uno ha emitido ciertas tesis y estas tesis no han sido verificadas por la práctica, no puede hacerse el distraído y hacer como si nada hubiera ocurrido; tiene que responder por lo que creyó antes e hizo creer a los demás. Y hubiera sido un error político grave no enfrentar la experiencia de los fracasos guerrilleros del último decenio, del cómo de esos fracasos —y esa es la parte descriptiva del libro, sobre Venezuela, Uruguay, Guatemala y Bolivia— y del porqué de esos fracasos, tema de un volumen aparte de «La crítica de las armas».

»Resumir las tesis de un libro que en total hace novecientas páginas, se me hace difícil. Te diría, en síntesis, que hemos sido obligados a volver a las enseñanzas fundamentales de la teoría marxista-leninista; no se ha podido encontrar un camino más corto; no se ha podido evitar el penoso trabajo de aplicar los principios fundamentales del leninismo; no se podía saltar por encima de ellos.

»De modo que mi libro es, un poco, el regreso al clasicismo o a cierta ortodoxia ideológica, pero no porque sea la ortodoxia, sino porque, después de todo, parece ser que todavía es la forma más económica de hacer la revolución. Y no porque así lo dice el dogma, sino porque ha sido verificado en la práctica. Por ejemplo: el carácter no viable de formas no marxistas de vanguardismo, de formas no leninistas de militarismo en el actuar político; de, en el plano de la organización, el centralismo democrático como forma más efectiva de construir una verdadera vanguardia proletaria.

»Pero lo importante no es anunciar estos lugares ya comunes, lo importante es asistir y registrar

su generación concreta a través de la práctica; como se les va verificando, creando de nuevo, por así decir, en todos estos últimos años.

—La muerte del "Che" y la muerte de Allende han sido simplificadas y presentadas, una como la clausura de la vía armada, otra como el fin de la vía pacífica; no quedaría nada: la revolución es imposible; una conclusión que no le viene nada mal al imperialismo. ¿Cómo ves la situación actual de América Latina y el recurrente problema de las vías revolucionarias?

—Sí, esa es la conclusión que algunos cínicos sacan: ¡maldito sea el continente que tiene una revolución en sus entrañas pero no la puede dar a luz, ni por los votos, ni por las armas!: el resultado sólo puede ser un aborto.

—¿Cuál es tu conclusión, en cambio?

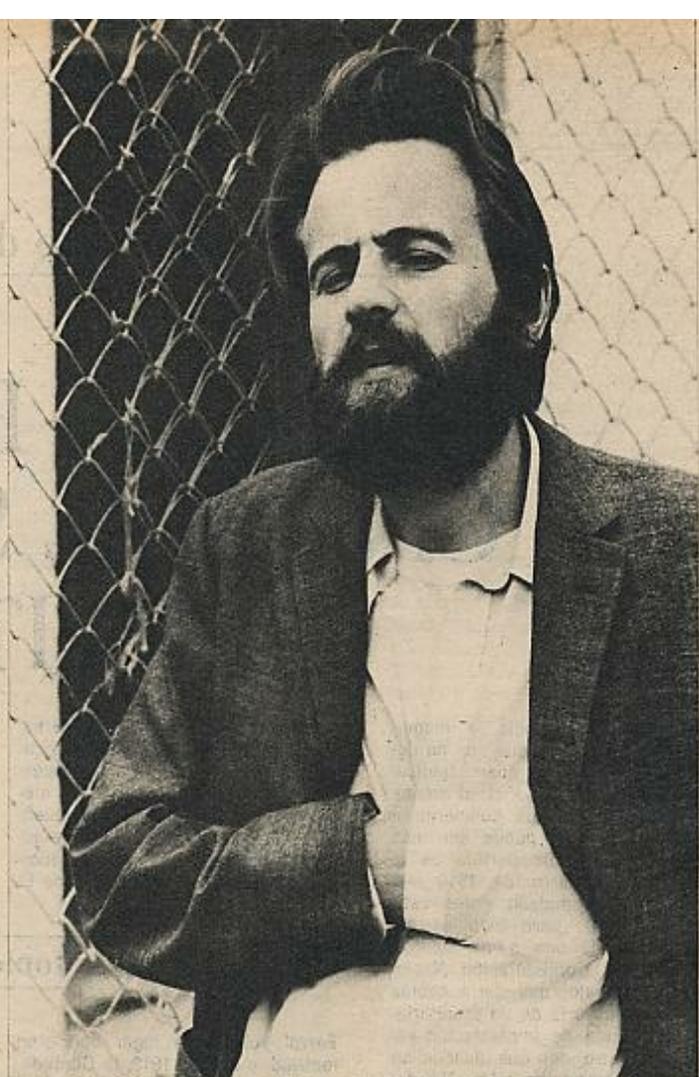
—En términos racionales, la revolución es siempre algo imposible —es el eterno argumento reformista—, pero sucede que, a veces, ocurre. La revolución era imposible en la Rusia atrasada y semiasiática, sin proletariado industrial, en mil novecientos diecisiete; como la revolución proletaria era imposible en un país campesino como China, y, sin embargo, fueron. «La Historia avanza por el "mal lado"» —decía Marx—; irrumpe por la espalda. ¿Quién podía prever hace quince años la victoria cubana?

»El desafío teórico es precedir lo impredecible, ya que ninguna revolución se repite dos veces. Y eso se logra sólo mediante una fusión total de un pueblo con un olfato siempre alerta para aprovechar el constante brotar de coyunturas propicias. Tarea para latinoamericanos, en América Latina.

—Volvemos a ti: ¿qué haces actualmente?

—En el plano político me interesa el esclarecimiento de las vías y del contenido de un socialismo europeo, es decir, democrático. Para cualquier analista, es evidente que Europa es el punto del mundo donde el actual «statu quo» internacional puede romperse, donde la correlación de fuerzas mundiales puede cambiar. Cuando digo Europa me refiero a los tres pilares: Francia, Italia y España, dotados de un movimiento obrero autónomo, con tradiciones revolucionarias los tres.

Es claro que no sólo en Europa es donde se juega la suerte del socialismo, pero sí creo que es en Europa donde se juega la suerte del socialismo en tanto modelo de civilización. No fue algo gratuito que los fundadores del socialismo científico lo concibieran para estos países. Ellos sabían que la



«El socialismo es mucho más que la propiedad social de los medios de producción; es la abolición de las relaciones de poder entre los hombres».

misma dialéctica histórica no puede generar una síntesis que no haya pasado por el movimiento de lo que Hegel llama lo «universal-concreto», o sea, una síntesis que incorpore el momento de la antítesis. Un modelo de sociedad socialista que pueda competir y ser cualitativamente superior a las democracias burguesas existentes, que resista ese enfrentamiento, solamente se puede crear ahí donde hubo democracias burguesas para que el socialismo aparezca como su auténtica superación y no como su omisión.

»En la perspectiva de esta aproximación a un modelo todavía inexistente, de una democracia socialista, he iniciado una investigación con las principales personalidades de las dos grandes corrientes de la izquierda de Europa —particularmente de España, Italia y Francia—, para conocer sus respectivas posiciones.

»Estas investigaciones las recogeré en forma de entrevistas con dimensión de libros, para acelerar la toma de conciencia en lo que hay de singular, de nuevo, en el socialismo que queremos acá.

—¿Trabajas en algo más?

—Trabajo en literatura, pero, hasta tener algo terminado, prefiero no hablar sobre eso.

—¿En literatura?; no parecía ser tu especialidad.

—La vida no está solamente hecha de política, ¿no es así?; y precisamente nuestra concepción de la política es que la política no sea el todo de un hombre. Y aunque yo no estoy muchas veces de acuerdo con las posiciones políticas de Mitterrand, por ser yo, bien que mal, de origen y vocación marxista-leninista, sin embargo estoy totalmente de acuerdo con él cuando dice —y lo dijo no hace mucho en Avignon— que «el día que me digan que existe un arte socialista, dejaré de ser socialista».

»Es nuestra concepción del socialismo, que el arte no tenga que recibir órdenes u orientaciones de funcionarios o administradores del Estado, y es nuestra concepción del socialismo que un socialista pueda dedicarse a preocupaciones o labores artísticas. Entonces yo, como muchos, no me ocupé solamente de política.

—En definitiva, para ti, como totalidad, ¿qué es el socialismo?

—Mucho más que la propiedad social de los medios de producción: es la abolición de las relaciones de poder entre los hombres. ■ E. G. B.